

protectora de los pontífices, guardadora de la fe, muro de los ortodoxos, honor de la iglesia y del imperio, nueva Helena, nuevo portento del mundo y ejemplo de la posteridad. En los concilios fué aclamada en términos tan magníficos, que no puede desearse mas. Poco antes de su muerte la aclamaron así los padres del concilio calcedonense: Viva la emperatriz augustísima: viva Pulqueria: viva la nueva santa Helena. Dios nuestro, consérvanos la santa; consérvanos la ortodoxa; conserva á la guardadora de la fe. En fin su nombre ha sido incluido en el martirologio de los griegos y en el romano, y su fiesta se celebra el día 10 de setiembre. ¿Qué cosa hay mas gloriosa?

Eudoxia la jóven.

XIX. Si Eudoxia, esposa de Teodosio el jóven, se mostró diligente y zelosa para servir y honrar á la reina del cielo, especialmente buscando sus reliquias cuando estaba en Palestina, para darles culto segun su mérito; la madre de bondad halló medio de pagarle el céntuplo de honor y contentamiento. Con efecto el anacoreta S. Eutimio le avisó el tiempo de su muerte, habiendo conversado con los ángeles de la tierra y del cielo y vivido desasida de los cuidados y afectos del mundo en los once años que estuvo en los santos lugares. ¿Y tan poco vale el morir como una santa despues de haber sido por espacio de veinte y nueve años la primera princesa del mundo y una de las mas cumplidas en hermosura, talento y saber que han existido nunca?

Santa Cunegunda.

XX. Creo que todos los que hayan observado antes á santa Cunegunda unida de entendimiento y voluntad

con su esposo S. Enrique para servir y honrar á la Virgen santísima de todos los modos posibles, juzgarán al mismo tiempo que participó con él de las gracias de nuestra señora; no obstante hay una peculiar de aquella santa que no puedo pasar en silencio, porque me parece muy relevante. Hablo de la que se le otorgó el día que se despidió del mundo menospreciando las grandezas terrenas. Esta santa doncella y emperatriz mandó edificar despues de muerto su marido un monasterio con una iglesia bajo la advocacion de nuestra señora del Refugio, donde se encerró con una sobrina suya y algunas doncellas escogidas el día mismo que cumplía el año de la muerte de S. Enrique. Fué un espectáculo que arrancó lágrimas á todos los asistentes y colmó de gozo á los ángeles, ver á aquella excelsa princesa dejar la púrpura imperial, vestir una sencilla túnica negra que habia labrado por sus propias manos, recibir el velo sagrado de las del prelado oficiante, renunciar todo aquello que mas estima el mundo, y entregarse á la madre de los pobres para servirla toda su vida en aquel humildísimo estado en la casa preparada por ella misma. Estime quien quiera otras cosas; por mi parte aprecio mas esta recompensa con que la madre de Dios pagó los servicios de santa Cunegunda, que todas las grandezas imaginables.

§. IV.—De la recompensa de la madre de Dios á algunos reyes y reinas.

Clodoveo.

I. Honor al gran Clodoveo, el Constantino de la Francia, uno de los primeros reyes cristianos y espejo de buenos monarcas. S. Remigio, su padre espiritual, que amaba tiernamente á la Virgen, infundió esta devoción en el corazón del príncipe, el cual entre otras co-

sas erigió á nuestra señora una iglesia en Strasburgo. No dejó de pagárselo María santísima, porque hizo próspero su reino y le concedió verle mas dilatado en su tiempo que todos los reyes de la primera dinastía.

Dagoberto.

II. Despues de él Dagoberto, para que la Virgen fuese venerada y servida en la misma iglesia, le señaló el pueblo entero de Rubiac con todas sus dependencias. A consecuencia de esto nuestra señora le hizo conocer á S. Auberto, obispo de Cambrai y uno de sus mejores siervos, en consideracion del cual fundó el rey la iglesia y monasterio de la Virgen, que el santo prelado gobernaba, y por su consejo practicó muchas buenas obras, con las que se granjeó la dulce proteccion de la madre de misericordia en vida y despues de su muerte.

S. Luis.

III. Apenas se hallará otro igual á S. Luis entre los reyes, y no sé si habrá otro mas devoto de la madre de Dios. Su capellan Guillermo de Chartres escribe de él que asistia todos los dias al oficio de la Virgen, ó si se lo impedian sus ocupaciones, le rezaba privadamente. Todos los sábados servia de comer á tres pobres despues de lavarles los pies. Dedicó á nuestra señora la iglesia de los cartujos de Paris con el monasterio que les habia labrado, aposentando por muy buen presagio á la madre de Dios en el antiguo palacio de los reyes de Francia. Edificó la santa capilla en 1248: llevó adelante la obra de la iglesia mayor de nuestra señora, cuyos cimientos habia echado Felipe Augusto; y acaso seria difícil hallar una provincia de Francia donde no haya alguna iglesia de la orden de santo Domingo ó de S. Fran-

cisco dedicada á la Virgen y construida por la munificencia de este glorioso monarca. Haria yo agravio á mis lectores si intentara especificar los beneficios y gracias que recibió por tantos testimonios de cordial devocion, porque nadie ignora el estado floreciente de la monarquía en aquella dilatada época, ni las bendiciones espirituales y temporales que derramó el cielo á manos llenas sobre S. Luis.

Roberto.

IV. El rey Roberto fué tan devoto y religioso, que compuso varios himnos sobre las principales fiestas de la iglesia y él mismo los fué á presentar en el altar de S. Pedro de Roma delante del sumo pontifice: así no es extraño que tuviese particularísimo afecto á la madre de Dios. Pruebas evidentes de ello son las iglesias que edificó y fundó en diferentes lugares, como nuestra señora de los Campos cerca de París, nuestra señora de Buenas nuevas cerca de Orleans, nuestra señora de Etampes, nuestra señora de Poissy y otras. En premio de este piadoso afecto la Virgen le favoreció adornándole de todas las dotes que se requieren en un gran príncipe, porque le hizo pio, magnánimo, sobrio, magnífico y bondadoso.

Carlos V.

V. Carlos V amó singularmente á nuestra señora de Chartres, á donde iba de cuando en cuando á recomendarle los negocios de su reino, é hizo muchos y ricos presentes. Concedió que todas las causas de aquella insigne iglesia fuesen llevadas en primera instancia al parlamento de Paris: fundó una misa que se dice todos los dias á la hora de prima, y tres por los difuntos, que aun hoy se llaman las misas del rey, no obstante que hay

otras muchas fundaciones reales. El título de prudente que mereció, muestra bien cuán querido fué del cielo y con qué ojos le miró la protectora especial de la Francia. En una palabra puede decirse de él que mostró en todos sus actos una singular piedad, una gran prudencia y una admirable equidad. Fué vigilante en sus negocios, discreto en sus consejos, diligente en sus empresas, liberal en sus dádivas, sobrio en la comida, afable y majestuoso en su trato. Fué tan amado de los suyos como temido de sus enemigos. El rey Eduardo III de Inglaterra decia de él que no habia ningun principe que hiciese menos preparativos belicosos, ni que mas le diese en qué entender.

Luis XI.

VI. Luis XI inmortalizó su memoria por muchas hazañas dignas de un principe discreto y valeroso; pero especialmente por su devocion á la reina del cielo, cuya imágen llevaba siempre en un medallon en el ala del sombrero. Ofreció en homenaje á nuestra señora el Condado de Boloña juntamente con un corazon de oro del peso de dos mil escudos, pidiendo á sus sucesores que hicieran perpétuamente lo mismo. Introdujo en todo el reino la piadosa costumbre de saludar á la Virgen tres veces al dia por la mañana, á mediodia y á la caida de la tarde. Esto le sirvió extraordinariamente á su tiempo, como advierte uno de sus mas fieles servidores, Felipe de Comines, testigo ocular de lo que cuenta; porque nuestra señora le dispuso para recibir de la mano de Dios las enfermedades que sufrió antes de morir; le inspiró sentimientos de dolor y devocion, que movian á llanto las personas de su servidumbre; ordenó que saliese de este mundo un sábado, como él habia predicho dias antes, para que todos entendiesen que entregaba el alma en manos y bajo la proteccion de aquella en quien siem-

pre habia esperado. En fin para depender de la Virgen aun despues de su muerte quiso ser enterrado en la iglesia de nuestra señora de Clery cerca de Orleans, donde fundó un cabildo que cantase perpétuamente las alabanzas de Dios y de su madre.

Cárlos VIII.

VII. Cárlos VIII, dotado de muchas buenas partes, manifestó el afecto que tenia á la reina del cielo mandando edificar á orillas del Saona el convento de franciscanos de nuestra señora de los Angeles; pero mucho mas en una accion memorable que han perpetuado en sus escritos los historiadores así italianos como franceses. Habiendo tomado por asalto á Toscanela, que le cerró las puertas á la vuelta de Nápoles, se echó en sus brazos una doncella de buena familia y extraordinariamente hermosa como quien busca un refugio á su honestidad. Aquel principe jóven, á quien hervia la sangre en las venas, concibió en el acto una pasion tan violenta, que quedó suspenso y mudo. Sin embargo como por una especial providencia de Dios alzase los ojos hácia arriba, divisó un cuadro de nuestra señora que estaba al lado de su cama. La doncella que lo habia advertido al mismo tiempo, se echó á los pies del rey, y apretándole las rodillas le suplicó por la Virgen inmaculada en cuya presencia estaban y de quien él era devoto, que conservase ileso su honor. La vista sola de la reina de pureza y las palabras de la doncella hicieron tanta mella en el corazon de Cárlos, que no solo no la tocó, sino que la dotó y restituyó la libertad á su futuro esposo y á todos sus parientes, que eran prisioneros de guerra. Es demasiado generosa la reina del cielo para que dejara de recompensar un acto de magnanimidad como este. Así es que le hizo participante de sus gracias en diversas oca-

siones; pero especialmente á la hora de la muerte, que es cuando se muestra mas caritativa con los que le han hecho algun servicio. Dificil seria encontrar un rey que haya muerto con mas loables propósitos ya para administrar justicia, ya para reformar todas las órdenes de su reino y hasta su propia casa. Estando en su castillo de Amboise, como acompañase á la reina para que viera jugar á la pelota desde una galería, se dió un golpe en la frente contra la puerta y se hizo una leve herida: eso no le impidió para recrearse apaciblemente y conversar con diversas personas; mas como era víspera de Ramos y se habia confesado ya dos veces en aquella semana para comulgar y tocar á los enfermos al otro dia, la mayor parte de las pláticas fueron sobre la salud del alma. Las últimas palabras que dijo entonces, fueron que esperaba en adelante ajustar de modo su vida á los mandamientos de Dios, que mediante su gracia no volveria á ofender jamás á la soberana majestad con ningun pecado venial. Hecha esta protesta, que es la mas cristiana que una alma puede hacer en tal caso, cayó de espaldas de resultas de un insulto de apoplejía, á lo que se cree. Tendiéronle en un ruin jergon que por casualidad se halló en el mismo lugar, y allí murió con todos los sentimientos de piedad de que era capaz; pero especialmente invocando diversas veces á la Virgen santísima, su buena madre y señora, que no dejó de socorrerle en tan crítico lance.

Francisco I.

VIII. Francisco I manifestó su zelo por la honra de la Virgen en la ocasion siguiente. Habiendo sabido que en la ciudad de Paris habia un hugonote, que instigado de impio frenesí se habia dado á cometer actos de desesperacion hasta el punto de derribar la cabeza á

una imágen de la madre de Dios, se persuadió firmemente á que no estaria seguro su reino mientras no se expiase aquel atentado con la debida satisfaccion. A este fin ordenó una procesion general, á que concurrió él mismo descalzo, con la cabeza descubierta y una vela en la mano y seguido de sus hijos y demas principes de la real familia, de los embajadores extranjeros y de los consejeros del parlamento. Luego que llegaron al sitio del atentado, el rey puso por su propia mano una hermosa efigie de la Virgen en lugar de la que habia sido decapitada, que fué llevada á la iglesia de S. Gervasio y titulada nuestra señora del Dolor. De vuelta al palacio episcopal las personas mas visibles del reino entraron en el salon del mismo por indicacion del monarca, que con un discurso grave y digno de un principe cristiano arrancó lágrimas de los ojos de todos los circunstantes y los hizo prorumpir en protestas de vivir y morir en la religion católica. Aunque este piadoso principe no hubiera recibido otro beneficio de la Virgen en recompensa de tal hecho mas que el haber evitado caer en los lazos que aquellos herejes le armaban con sus palabras lisonjeras, habria motivo bastante para dar gracias eternamente.

Carlos IX.

IX. Carlos IX se mostró tan devoto de nuestra señora de la Alegria y la visitaba tan á menudo, que el cardenal de Lorena, arzobispo de Reims, compró un terreno á medio cuarto de legua de aquel santuario y construyó un buen edificio para hospedar mas decentemente al rey cuando fuese por devocion, como acostumbraba. El zelo de este animoso principe por la conservacion de la religion católica es un testimonio bien claro del cuidado que la gobernadora de la iglesia tenia de su real persona.

X. En el tratado séptimo hablaré de Felipe Augusto, Felipe el hermoso y Felipe de Valois.

Luis XIII.

XI. Viva por siempre entre los mejores reyes del mundo Luis XIII el justo, y sea su memoria grata é inmortal, pues en él se encuentran reunidos el valor de David, la sabiduría de Salomon, la sinceridad de Ezequías y la piedad de Josías. Como David ha recibido promesa de lo alto para abatir á los soberbios gigantes y poner á sus pies la insolencia y la rebelion: con la confianza que tiene en Dios, ha sojuzgado á los enemigos del Señor y suyos y ha ensalzado tanto el nombre francés como se ha humillado él ante la majestad del rey de los reyes refiriéndole el honor de todas sus victorias. Como Salomon ha enaltecido su trono por su sabiduría y dado á conocer á todos desde su mocedad que era el ungido y el amado del Señor. Como Ezequías ha andado siempre en la presencia de Dios con un corazon recto é integro y en todo se ha mostrado fiel y dócil á la divina voluntad á medida que la ha conocido. Como Josías ha derribado los altares sacrilegos, y cuando parecia que la impiedad queria invadirlo todo, ha dilatado los términos de la religion y enarbolado el estandarte de la cruz. Estos son los frutos de la buena educacion que recibió de su buena madre, la Betsabé irreprehensible, y del virtuoso Natan que Enrique el grande le habia dado por padre espiritual despues de haber experimentado sus prudentes consejos. Pero como una de las cosas en que más se señalaban los dos, era la devocion á María, se la hicieron mamar con la leche; de suerte que la escogió desde luego por su madre, su guia y su directora, por capitana de sus ejércitos y por gobernadora de sus estados. Los que conocen mas particularmente el tierno amor de su corazon regio á esa reina, el culto que le da todos los dias, y el

afan con que promueve su honra, pueden hablar con mas acierto que los demas. No será nuevo decir que hace singular aprecio de todo lo que pertenece á ella: que los sábados son para él dias festivos: y que celebra las principales solemnidades con júbilo cordial. Por lo tanto dejando á un lado todo esto quiero fijarme solo en su última hazaña, que causó tanta alegría á los buenos como terror á los malos.

XII. Cerca de un siglo hacia que la herejia habia penetrado en Francia, y una ciudad rebelde le infundia tanta osadia, que al parecer era trabajo perdido el pensar en arrojarla, cuando Dios facilitó los medios á Luis XIII por las arterias de sus mayores enemigos. Era general el espanto al extenderse la noticia de que el 20 de julio del año 1627 se habia presentado delante de la isla de Ré una armada inglesa de mas de ciento y veinte velas, atraida por las promesas de los enemigos de Dios y del rey, que habian ofrecido sustituir el leopardo en lugar de las flores de lis y la pretendida religion anglicana en vez de la católica. Todo en la apariencia era favorable: su fuerte ejército, las inteligencias que tenian así con los extranjeros como con los traidores de dentro, los escasos preparativos que habia hechos para recibirlos, y mas que todo la peligrosa enfermedad que tenia al rey postrado en la cama. Tantas aciagas circunstancias hubieran descorazonado á otro que á este invencible monarca, cuya confianza en Dios nunca se muestra mas claramente que cuando todo parece perdido. En medio de todos estos acontecimientos recurrió á la madre de Dios como á su refugio ordinario haciendo un voto á nuestra señora de Ardilliers tanto para recobrar su salud como para el próspero suceso de las cosas públicas. Inmediatamente se consiguió el efecto deseado, y en el mismo dia de la Asuncion se sintió el rey enteramente libre de las tercianas dobles que le habian atormen-

tado hasta entonces. Entre tanto los encargados de dirigir los negocios del reino y salvarle lo ordenaron tan bien, que vió á las claras que el cielo había tomado mano. Cumplido su voto encomendó Luis á la virgen Maria el logro de sus empresas, y nuestra señora les dió tan feliz cima, que sería preciso no tener sentido para no asombrarse. No hay sino leer la relacion de lo que pasó dia por dia, para confesar á la fuerza que el cielo pelea por este monarca y que los prodigios son casi tantos como los acontecimientos. Se nota entre otros que el dia en que comulgó en la iglesia de nuestra señora, vispera de aquel en que iba á rendirse la plaza, entraron los primeros socorros; y ese fué el principio de la dicha que se extendió despues por toda Francia. En el último viaje que hizo, hallándose el ejército muy apurado, le vino el auxilio en cuanto le pidió á la que atiende á sus ruegos y lágrimas. Fué á comulgar á nuestra señora de las Virtudes, y todo Paris le vió salir con devoto recogimiento y con el rosario en la mano: hizo la peregrinacion, que es de una legua bien larga, á pie y con extraordinarios sentimientos de piedad y confianza en la reina del cielo y protectora de la Francia. Durante el acto de la comunión fué tal su fervor, que todos los cortesanos se deshacian en llanto. No tardaron en experimentarse los efectos, porque como el cielo peleaba por el rey, huyeron los enemigos vergonzosamente dejando el campo sembrado de cadáveres, las aguas del Océano teñidas de sangre y á nuestros soldados dueños de un rico botin. El rey para manifestar que debía aquella victoria á la Virgen despues de Dios envió á la iglesia de nuestra señora de Paris hasta cuarenta y cuatro banderas cogidas al enemigo el dia de S. Martin, patron de Francia, y se recibieron con tales muestras de regocijo y gratitud, que no pareció sino que en un mismo dia se refrescaba la memoria de todos los

triumfos que los franceses han alcanzado de los ingleses en diversas ocasiones.

XIII. Aun pasaron mas allá los favores de la madre de Dios, porque como era humanamente imposible exterminar la herejía sin abatir la insolencia de la soberbia Babel que le servia de refugio y fortaleza, armó el corazon del rey de una paciencia á prueba de todas las molestias de un sitio de tres meses. Ella le sugirió arbitrios para cercarla, que parecerán increíbles á la posteridad cuando las considere con serenidad. Ella dispuso las tropas aliadas y las que venian de refresco de ultramar. Ella desvaneció los proyectos de los que intentaban turbar nuestra tranquilidad. En una palabra ella hizo tanto, que el año 1628 en el mismo dia en que es venerada por la iglesia con todos los santos, le llevó por la mano al alcázar de la rebelion y postró á sus pies los enemigos forzándolos á implorar la misericordia de aquel de quien habian merecido la justicia, y á aclamar al rey en las mismas plazas donde tantas veces le habian insultado. Así la Francia ve hoy á su glorioso monarca coronado de laurel, y la insultante plaza de la Rochela, que con sus torres y baluartes se burlaba de los ejércitos, no será mas que un simple lugar. Pero tal vez llegará dia en que se envánzca mas del titulo de lugar de Maria, la conquistadora de las ciudades, que le ha tocado por dicha, que de los nombres mas ostentosos dados por una insolente vanidad. El monarca agradecido no bien hubo entrado en la ciudad, cuando mandó edificar una iglesia bajo la advocacion de nuestra señora de la Victoria y no quiso salir de allí hasta poner por su mano la primera piedra. ¡Ojalá que la omnipotente guerrera continúe protegiendo de tal modo las armas de este príncipe esclarecido, que veamos pronto destruida la impiedad y el pueblo francés reunido en la sincera profesion de una misma fé y en la fiel obediencia á un mismo rey!

Alfonso II de Castilla.

XIV. Alfonso II de Castilla, apellidado el casto y el santo, tenía tan particular devoción á la madre de Dios desde su niñez, que confiaba enteramente en ella y no emprendía nada sino bajo su conducta; de lo que le redundaron incomparables ventajas. Ella le repuso en el trono de su padre Fruela que le dejó muy niño; de cuya circunstancia se aprovechara su tío Mauregato para apoderarse de la corona. Ella le asistió en muchas batallas contra los moros y especialmente el año 793 cuando el rey de los infieles quedó tendido en el campo con más de setenta mil de los suyos, á quienes llenó de terror y espantó la Virgen santísima, que se dejó ver en medio de las huestes de Alfonso. Esta guerra la habia emprendido el monarca castellano para redimir á sus pueblos del oprobioso feudo de las cien doncellas. En poco tiempo se hizo tan famoso el nombre de Alfonso, que Carlo Magno buscó su alianza y le dió la mano de su hermana Berta. Pero la merced más señalada que debió á la virgen María, fué el haber vivido con su mujer en perpetua continencia; de donde le vino el renombre de casto. Para que supiese la posteridad que todas estas gracias las atribuía á la reina del cielo despues de Dios, le edificó una hermosísima iglesia en Oviedo adornándola de muchas columnas de mármol y enriqueciéndola con gran número de alhajas de oro, plata y piedras preciosas: allí eligió su sepultura, y lo mismo hicieron varios de sus sucesores. Reinó feliz y santamente por espacio de cincuenta y dos años. El cielo le dió una muestra señalada de benevolencia, porque queriendo Alfonso labrar una cruz de oro y piedras preciosas para ofrecerla á Dios y á su santa madre, se le presentaron dos ángeles en traje de caminantes, que dijeron ser buenos plateros. El rey sin

averiguar más les puso en la mano el oro y las piedras y les encargó que hicieran una cosa buena señalándoles el aposento donde habian de encerrarse. Mas en la mesa se le ocurrió que habia entregado aquel tesoro á unas personas desconocidas y mandó al punto á un gentil-hombre que fuera á ver lo que hacian los plateros. El cortesano habiendo abierto la puerta del aposento le vió lleno de una luz celestial y volvió á dar parte al rey de la maravilla. Alfonso se levanta al instante de la mesa, entra en el aposento, ve la luz y no halla allí más que una cruz maravillosamente labrada: los artífices habian desaparecido. Hizola llevar con toda solemnidad á la iglesia de Oviedo como una preciosa prenda de la benevolencia del cielo. Para colmo de tantas finezas tuvo una muerte correspondiente á una vida santa y ejemplar.

Jaime el Conquistador.

XV. El rey de Aragon Jaime I, apellidado el Conquistador, se ciñó la corona siendo aun mozo por muerte de su padre Pedro II, que le dejó el reino en muy mal estado; pero él con sus proezas y la protección de la virgen María rescató tres reinos de las manos de los sarracenos y dejó á su sucesor muchos estados bien afirmados y una porción de trofeos debidos al favor de nuestra señora, como él mismo publicaba. En memoria y agradecimiento de tantas mercedes mandó edificar á María más de dos mil iglesias; cosa que seria difícil de creer, si no la confirmaran varios autores fidedignos (1). Los más de ellos sostienen absolutamente que todas fueron dedicadas á la Virgen: los otros dicen que unas á nuestro señor Jesucristo y otras á su madre santísima.

(1) Hieron. Paul. barcinon., Jacobi primi, Aragoniæ regis: Catal. reg. Aragon.: Bernardin. Hieron. Blanca cesaraugustan., Gomes., lib. 4 de rebus gestis Comment. reg. Arag., ad. 4235.

Felipe II.

XVI. No tendria yo razon si tratando de los reyes de España que se hicieron recomendables por su devocion á la reina del cielo, pasara en silencio á Felipe II, cuya singular piedad merece elogios eternos. Fué particularísima su devocion á nuestra señora de Valvanera, que se venera en un monasterio de benedictinos de la Rioja, y labró y dotó siete lámparas de plata, que arden dia y noche ante esta milagrosa imágen. En un viaje que hizo á Aragon, habiendo caido enfermo en el monasterio de gerónimos de la Estrella, quiso que cada dos dias le fuesen á buscar agua de la fuente de Valvanera, que sale al pie de la encina donde fue hallada la santa imágen. Durante su enfermedad no quiso beber otra agua, ni comer pan que no fuese amasado con ella. Su hijo Felipe III que le acompañaba en aquel viaje, ofreció á la misma imágen dos preciosas coronas de oro, una para el niño Jesus y otra para su madre, en accion de gracias por haber recobrado el rey su salud. El mismo Felipe II dió por una vez diez mil ducados al santuario de Monserrat y veinte mil de renta al de Guadalupe. Hizo grandes limosnas á los religiosos dominicos que tienen el santuario de nuestra señora de Atocha en Madrid. En la larga enfermedad de que murió, tuvo siempre al pie de su cama la imágen de la sacratísima Virgen, á quien recurria frecuentemente con tales sentimientos de piedad, que arrancaba lágrimas de los ojos de los circunstantes, y él solia derramarlas de devocion. Cuatro dias antes de morir mandó á un gentilhombre tuviese pronta una vela de nuestra señora de Monserrat con el crucifijo que habia heredado de su padre el emperador Carlos V y que él dejó tambien á su hijo Felipe III. Avisó cuándo se lo habian de dar, y entonces teniendo el crucifijo en una mano y la vela encendida en

la otra, besando alternativamente las dos y encomendándose con mucho fervor á Jesus y á Maria, en quienes tenia puesta toda su confianza, entregó el alma á Dios. No hay mas que leer la vida de este monarca verdaderamente grande para confesar que la Virgen le recibió en su proteccion por la singular piedad de que dió tantas pruebas, y que le favoreció y prosperó extraordinariamente, como lo manifiestan las señaladas y frecuentes victorias que ganó á los moros y á los turcos.

Felipe III.

XVII. Felipe III trabajó sobremanera por la honra de Maria santísima; pero aquí solo hablaré de su zelo para promover la causa de la immaculada concepcion de nuestra señora; en lo que no puede negarse que hizo un servicio singular á la cristiandad. Esta causa, para cuyo seguimiento se movió despues cielo y tierra, nació de muy pequeños principios. En el año 1614 habiendo hablado algunos en público en Sevilla con demasiada libertad contra la immaculada concepcion, dieron pie á que ciertos devotos zelosos de esta singular prerogativa de Maria mostraran sus sentimientos. Entre ellos son dignos de eterna memoria los prebendados de aquella santa iglesia Mateo Vazquez y Bernardo de Toro, que por muchos años trabajaron en la curia romana y en otras partes todo cuanto podian unas personas de su condicion. Lo que llamó al principio la atencion, fueron unas cancioncillas espirituales en honor de la immaculada concepcion, que mandaron imprimir en el año 1615 para repartirlas á los niños á fin de hacer olvidar así las canciones profanas esparcidas por las calles y las casas. Pero en poco tiempo cundió tanto la aficion á aquellos versos espirituales, que casi no habia casa en España donde no se cantasen. La oposicion que hicieron algunas personas á esta devocion bajo el pretexto de ne-

vedad, fue mas bien aceite echado en la lumbre que la enciende mas; de suerte que no se oia hablar de otra cosa que de procesiones instituidas para venerar este misterio, de sermones dirigidos á inflamar la devocion del pueblo y de festejos públicos hechos á competencia por las ciudades y corporaciones mas distinguidas del reino. Cuanto mas se manifestaba este fervor, mas se aumentaban las emociones y se acaloraban los ánimos de una y otra parte. En fin diversos prelados elevaron su voz hasta el trono y suplicaron al rey discurriese los medios de evitar mayores males, que eran de temer si las cosas no se aclaraban mas. El rey, bastante inclinado por su parte á promover la honra de la madre de Dios, dispuso primeramente se celebrase una junta, donde se trató con calor la cuestion y se discurrieron los medios de union en veinte sesiones tenidas desde el mes de junio hasta el de setiembre, presidiendo el ilustrisimo señor Antonio Cayetano, arzobispo de Capua y nuncio apostólico de Su Santidad en España, y deliberando el arzobispo de Santiago, el obispo de Cuenca y otros varios insignes prelados del reino. Todos ellos concluyeron por unanimidad que el rey no podia encontrar mejor ocasion para dar pruebas de su piedad y cariño á la madre de Dios suplicando al romano pontifice se sirviese definir el artículo de la Concepcion. El rey se decidió á hacerlo con la mejor voluntad; pero el papa Paulo V no juzgó que fuese entonces conveniente hacer mas sino renovar las constituciones de Sixto IV y Pio V, que dejaban á los fieles la libertad de seguir la una ó la otra opinion; mas con formal prohibicion de calificar ó censurar la contraria. Esta bula se expidió á 6 de julio del año 1616.

XVIII. Mas habiendo demostrado palpablemente la experiencia que este primer rescripto pontificio no bastaba para obviar nuevos inconvenientes, que se suscitaban todos los dias, el rey envió á Roma un embajador

extraordinario con cartas para Su Santidad y para todos los cardenales de la congregacion del santo oficio, en que los rogaba encarecidamente pusiesen término á las disputas cada dia mas frecuentes y acaloradas, que se suscitaban no solo en España, sino en otras diferentes partes de la cristiandad, resolviendo terminantemente el artículo de la Concepcion, pues no habia otro medio de calmar los ánimos agitados. Lo mismo hicieron doña Margarita de Austria, tia del rey, los arzobispos de Toledo y Sevilla con sus cabildos, los obispos de Cuenca, Valladolid y Osmá y poco despues la reina de Francia, hija del mismo monarca. Como toda tardanza le parecia larga, volvió á escribir al papa y á los cardenales, y estas nuevas cartas movieron á Su Santidad á publicar una segunda bula, por la cual prohibia bajo de graves penas que nadie defendiese la opinion contraria á la inmaculada concepcion ya en los sermones ó lecciones, ya en cualquier otro acto público. Esta bula se expidió el dia 31 de agosto de 1617. El expresar con qué sentimientos y demostraciones de alegría se recibió esta noticia en toda España es cosa superior á mis fuerzas; porque desde el dia 6 de octubre en que llegó á Madrid, hasta el 8 de diciembre en que la iglesia celebra la fiesta de la Concepcion, no se oyeron mas que repiques de campanas y cánticos de accion de gracias en las iglesias, ni se vieron mas que procesiones en las ciudades, árboles de pólvora en las plazas, justas y torneos en la corte, comedias y farsas en los teatros, bailes y funciones en las casas particulares, en una palabra cuantas demostraciones de regocijo público pueden imaginarse. Todas las universidades y los mas de los cabildos, colegios, cofradías y otras corporaciones semejantes se obligaron por voto formal y solemne á defender esta creencia, y fué casi infinito el número de los que le hicieron particularmente.

XIX. En medio de tantos festejos solo el rey con